

MUSSIL

No es suerte ni desgracia, para Moritz, que el inválido Hoffman viva en el cuarto piso, ni que su botón correspondiente, sobre la pared, sea de los que cuesta trabajo alcanzar. Pues no es imposible. El enano ha utilizado su zapato izquierdo para golpear el llamador, a veces equivocándose. Eso hizo hasta que una voz le dijo que parara. Entonces pidió ayuda a peatones que cruzaban, o a vecinos somnolientos que entraban o salían del portal. Pero una o dos veces por semana el mundo está vacío, echan las tiendas sus candados y nadie sale a trabajar. Ha subido entonces a las moreras desnudas que hay plantadas en la acera, se ha balanceado sobre ellas hasta que daban de sí, y de brazo humano ha usado sus ramas.

En el cuarto piso, Penélope abrigaba a Hoffman, su primo inválido, para que pudiera salir. Parecía que lo estuviese ahorcando con una bufanda gris y gruesa alrededor del cuello. El sonido del timbre inundaba los dormitorios, la cocina y el pasillo, y llegaba allí donde la señora Woolf fregaba los platos sucios de cara al ventanal. Antes de cruzar el umbral de la puerta y bajar por el montacargas, el inválido pudo ver sus cabellos cayéndole por la espalda, como si fuesen serpientes dormidas. Era la primera vez que veía a Woolf trabajar con el pelo suelto, una enorme mata gris y castaña. Su cabello ya no formaba una torre gruesa al final del cuello, aquel moño rígido y circular que llevó puesto desde el primer día. Ella

les había dicho que el pelo recogido era más adecuado para limpiar, pero ahora Hoffman no sabía si debía creerlo. Porque, en realidad, la señora Woolf parecía más alegre con el pelo suelto: a través del corredor oscuro, el eco de su garganta llegaba claro y tibio, dando cuerpo a una canción extraña.

El paralítico retuvo la imagen de la mujer cantando, junto con la melodía. La gritó en voz alta en la soledad del ascensor, y la cantó segundos después, sobre la acera, mientras su amigo Moritz descendía por las ramas de la morera. El enano había estado persiguiendo un gusano de seda, aburrido de tanto esperar.

Arriba, en el cuarto piso, Penélope cerró la puerta y caminó hasta la cocina. Se sabía esa canción de memoria; Woolf siempre la cantaba en cuanto se quedaban solas. También entonces se soltaba el pelo, como si se quitase una máscara. Pero hoy se había adelantado a cantar y a despeinarse, había dejado que Hoffman pudiese escuchar su melodía, y eso era peligroso. Cuando la joven entró en la cocina, la señora Woolf ya se estaba preparando, y aun así Penélope la regañó.

—Es que tenía ganas de verte.

Su canto atragantado daba paso a la hora más bella del día, el momento en que ambas reían y lloraban. A la señora Woolf le encantaba enredar sus dedos por el cuerpo de la joven y mesarle el nuevo vello; cogía un peine y cepillaba esa pelusa a contrapelo, que era esponjosa y sedosa, como la de un animal. Después esparcía la cera caliente sobre sus piernas y por la cueva de sus axilas, y arrancaba los mechones hasta dejarle la piel en carne viva. Al acabar, la mujer admiraba los sucios jirones, y se sorprendía al verlos cubiertos de pelos que la niña había soltado, como si fuese una gata. Allí quedaban pegados, como los insectos vetustos al ámbar.

La señora Woolf decía que cada uno de estos finos cabellos provenía de un tiempo remoto, que hundían sus raíces en el reino etéreo de la magia. Eran como semillas durmientes que aguardasen la contraseña que les hiciese sacar el tallo y mostrar su flor. Para cada planta, la primavera se sabía un hechizo de memoria, y en el último día del invierno los pronunciaba todos a la vez. Y las plantas reaccionaban, y escuchar la contraseña y abrir su flor eran la misma cosa. A caballo entre las cuatro estaciones de la vida, Woolf decía que ella misma era el otoño, que debía podar el jardín de Penélope y domar así su primavera.

En la calle, la ciudad parecía estar dormida; por detrás de los edificios más bajos, el cielo apenas comenzaba a existir. Solo los pequeños árboles que crecían sobre las aceras anticipaban la vida verde y silenciosa que aguardaba en el parque. Desde que terminara el viaje del día anterior, el paseo matinal era lo único que ocupaba las mentes de Moritz y Hoffman. Juntos inventaban poemas, canciones; miraban las plantas, las flores, y a los jardineros trabajar.

*Quiero en invierno un jardín nevado,
 en primavera que esté en celo, y en verano
 un jardín furioso y cansado.
 Pero en otoño...
 ¡que tenga un sueño nervioso el jardín,
 que se agite estando dormido,
 que caigan las hojas soñando!*

De camino al parque, desde el puente que cruzaba el cauce seco del río, el sol se reflejaba sobre la cúpula de un edificio que tenía la forma de un pez. A la izquierda, el mar

relampagueaba bajo el despertar del sol. A la derecha se veía la huerta, con las montañas moradas al fondo, salpicadas por la silueta ausente de alguna palmera. A todos lados, sin embargo, la ciudad crecía a un ritmo vertiginoso, y las grúas levantaban edificios tan grandes que solo podían ser para gigantes. Cada día, a la mañana, los dos amigos contemplaban atónitos cómo el número de grúas no dejaba de crecer en el horizonte: esqueletos de seres ciclópeos, terribles molinos de una sola aspa que se movían ajenos al viento.

—Que no nos vea el niño borracho, Moritz. No pases por delante de él.

Y fue cruzando el paseo de los árboles gigantes cuando la extraña pareja oyó: «¡Esta es mi casa y este es mi peaje!», de una voz que irrumpía desde lo alto del ramaje.

—¡Maldita sea, Moritz, te había dicho que cambiases el rumbo, que no pasases por delante de él!

El enano y el paralítico elevaron la mirada y vieron a un joven que saltaba de una rama a otra, vestido con una bata verdinegra y una capucha triangular. De un bolsillo que se abría a la altura de su estómago asomaban fajos de libros podridos y lápices rotos, y si se movía demasiado rápido o si hacía un salto demasiado espectacular, toda clase de frutos y hojas se precipitaban por las mangas anchas y los pliegues de su camisón. Semillas de trigo, de olivo, de vid, de almendros, de alcornocques y cebada se desparramaban por el aire cuando hablaba, al amparo de la luz; salían disparadas de su boca, como las notas de una trompeta, y el intenso calor las incendiaba antes de que tocasen el suelo.

De repente, en la pausa de un descanso, el extraño joven les habló:

—Antes de que el enano comience a decir majaderías, les anunciaré la necesidad de hacer frente al peaje que conlleva el